

LA TREPIDANTE AVENTURA DE YURI GAGARIN

108 minutos que cambiaron la historia

Por Oscar Augusto Rodríguez Baquero
Proyecto Museo Español del Espacio



Tras la puesta en órbita de varios satélites, algunos de ellos con seres vivos como la perrita Laika, la Unión Soviética decidió dar el siguiente paso en la Carrera Espacial con el lanzamiento del primer ser humano. Todos los preparativos a este respecto, como ocurriera con lanzamientos anteriores, se realizaron en el máximo de los secretos. De hecho, aquel aspirante que fuera escogido para tal proeza no conocería su elección hasta pocos días antes del lanzamiento.

El horizonte empezaba a clarear en el Cosmódromo de Baikonur (República de Kazajistán), lugar desde el que partieron los legendarios satélites *Sputnik* que habían puesto a Unión Soviética a la cabeza de la incipiente Era Espacial, cuando el jefe médico del programa espacial soviético tripulado despertaba a uno de los aspirantes a convertirse en el primer cosmonauta de la historia. Su nombre era Yuri Alexeyevitch Gagarin, y contaba tan sólo 27 años de edad. El jefe médico procedió entonces a medir sus constantes vitales. Yuri estaba en plena forma y había pasado una noche tranquila, sin padecer los lógicos nervios que cualquier otro hubiera sufrido en su situación.

Tras hacer algunos ejercicios físicos matutinos y tomar algo para desayunar, Yuri comenzó a ponerse el traje presurizado que le garantizaría el apoyo vital durante su viaje, asistido por varios técnicos. Minutos después, abandonaba el edificio principal del Cosmó-

Yuri Gagarin, con traje militar de gala (fotografía: Energía LTD).

dromo a bordo del microbús que le transportaría a la plataforma de lanzamiento, donde ya reposaba el cohete que le llevaría al espacio, un misil balístico modificado para permitir la puesta en órbita ingenios espaciales. Mientras se aproximaba a la plataforma, Yuri podía ver la silueta humeante del cohete entre la bruma de la mañana.

El viaje a bordo del microbús había finalizado. Era hora de bajar y dirigirse a la rampa de lanzamiento. Varios técnicos, representantes políticos y colegas de Yuri le esperaban a los pies de la plataforma para despedirse de él. Entre los ingenieros se encontraba Sergei Korolev, cerebro del programa espacial soviético, cuya identidad era un secreto para Occidente. Instantes después, el cosmonauta subía, de forma algo dificultosa como consecuencia de las incomodidades del traje espacial, por la escalera hasta las puertas de un ascensor que conduciría a la escotilla de su nave, bautizada con el nombre de *Vostok 1* (que, en ruso, significa *Este*, en referencia al punto cardinal). Los técnicos de la plataforma ayudaron a Yuri a introducirse en la cápsula espacial y afianzar los atalajes de su asiento. Una vez concluido el trabajo, los técnicos cerraron la compuerta de la nave espacial y Yuri quedó sólo, en su interior. El personal de la plataforma regresaba al edificio principal de la base, emplazado a una distancia prudencial de la rampa de lanzamiento.



Gagarin (con traje naranja), arropado por militares e ingenieros, camino de la plataforma de lanzamiento (fotografía: Energía LTD / Restauración de Oscar A. Rodríguez, Proyecto MEE).



Yuri Gagarin, con todos sus atalajes ajustados, espera el momento de ser lanzado al espacio (fotografía: Energía LTD).

Mientras los controladores de vuelo comenzaban los preparativos de la puesta en marcha de la secuencia de lanzamiento, Yuri ensayaba mentalmente todos y cada uno de los procedimientos que debería seguir en diferentes fases de su vuelo. Muchas de las dudas sobre el ambiente espacial iban a quedar despejadas gracias a la proeza de Yuri. En aquella época, no se sabía muy bien qué podría ocurrir durante este tipo de experiencias. Algunos especulaban con que al llegar al medio espacial, el tripulante quedaría afectado por una crisis de locura, otros temían que los fluidos corporales y determinados órganos escaparían libremente al hacerse patente la ingravidez. En previsión de que el cosmonauta sufriera algún tipo de demencia, los ingenieros habían optado por bloquear los controles de la nave espacial. Asimismo, los técnicos albergaban aún algunas dudas sobre si la nave resistiría las altas temperaturas durante el regreso a la Tierra. En otras palabras, no se tenían garantías de que Yuri retornase de su viaje sano y salvo.

El reloj de la cuenta atrás se acercaba al gran momento. Las comprobaciones realizadas confirmaban el buen estado del vehículo espacial y de su tripulante. Diez segundos antes de la partida, el cohete comenzó a rugir,

y la cabina de Yuri empezó a vibrar. El humo y vapor de la combustión invadió rápidamente la plataforma de lanzamiento. La retracción de las abrazaderas que sujetaban al cohete anunciaban la inminencia del despegue. De repente, Yuri se vio impulsado hacia atrás mientras la vibración aumentaba considerablemente. El despegue había comenzado. "¡¡Allá vamos!!!" -exclamó Yuri mientras el cohete ascendía rápidamente hasta convertirse en un pequeño punto blanco en el despejado cielo de la estepa kazaja. Aquel 12 de Abril de 1961 entraría, sin lugar a dudas, en los libros de Historia. El nombre de Yuri compartiría protagonismo con el de otros exploradores como Cristóbal Colón o Roald Amundsen.

No se habían cumplido quince minutos del lanzamiento, cuando la última fase del cohete quedó exhausta. Entonces, la nave *Vostok 1*, comenzó a flotar libremente en la órbita terrestre, reflejando el fulgor azulado de nuestro planeta. Yuri comenzó a sentir los efectos de la ingravidez mientras quedaba conmovido al observar la Tierra desde la ventanilla de su nave espacial, a 300 kilómetros de altura. Los mares, desiertos, montañas, bosques, la atmósfera... todo aquello adquirió para Yuri un nuevo significado al poder observarlo desde una perspectiva totalmente diferente, viajando a una velocidad 25 veces superior a la de una bala, mientras el Sol se ocultaba rápidamente bajo el horizonte terrestre. Entonces, el cosmonauta soviético volvió a maravillarse



El cohete R-7 despegando desde el Cosmódromo de Baikonur (también conocido como Tyuratam), el 12 de abril de 1961, inaugurando la era de los vuelos espaciales humanos (fotografía: Energía LTD / Restauración de Oscar Augusto Rodríguez Baquero, Proyecto MEE).

con la luminosidad de las ciudades que, al igual que él, quedaron bañadas por la oscuridad de la noche, mientras el firmamento se plagaba de estrellas difícilmente observables desde la Tierra. Casi sin darse cuenta, unos tímidos rayos solares anunciaban la llegada de un nuevo día, tan solo 45 minutos después del atardecer. Rápidamente, el Astro Rey volvió a hacerse visible en el firmamento, y el espectáculo de colores ofrecidos por nuestro

planeta volvió a impresionar a un Yuri al que, fascinado por la sucesión de tal cantidad de situaciones y fenómenos en tan poco espacio de tiempo, le costaba asimilar todas y cada una de sus sensaciones.

Habiendo descrito una vuelta alrededor del planeta, los controladores de tierra decidieron dar por finalizado el vuelo orbital, de modo que iniciaron los preparativos para el descenso de la *Vostok 1*. Tras setenta minutos de vuelo, los retrocohetes de la nave espacial fueron accionados. Poco a poco, la *Vostok 1* fue perdiendo velocidad y altitud. La temperatura del exterior de la nave comenzó a ascender hasta producirse la incandescencia como consecuencia de la fricción con las capas altas de la atmósfera. La oscuridad del firmamento dio paso a un rojo amarillento y después a un azul oscuro que fue adquiriendo mayor tonalidad a medida que la nave penetraba en la atmósfera terrestre. Cuando quedaban siete mil metros para llegar a la superficie de la Tierra, Gagarin abrió la escotilla de su nave y la abandonó, iniciando un descenso independiente con paracaídas. Pocos minutos después, tanto Yuri como su nave, tomaban tierra felizmente cerca de un pequeño pueblo llamado Smelovka, situado en las llanuras de Saratov (Rusia). Su vuelo espacial, de ciento ocho minutos de duración, había inaugurado una nueva etapa en la historia de los vuelos espaciales, despejando muchas de las dudas sobre el efecto de la ingravidez en el cuerpo humano. Pero, quizás, lo más importante del histórico vuelo de Yuri Gagarin no haya residido en cuestiones tecnológicas o médicas, a juzgar por sus primeras declaraciones tras su triunfal regreso: *“Dando vueltas a la Tierra en la nave espacial, quedé maravillado con la belleza de nuestro planeta. ¡Habitantes del Mundo! ¡Protejamos y exaltemos esta belleza! ¡No la destruyamos!”*. Quizás, uno de los beneficios a corto plazo de viajar al espacio es la perspectiva global que adquirimos al ver nuestro planeta desde el exterior, perspectiva que realmente nos abre los ojos y nos demuestra



La cápsula de retorno de Yuri Gagarin, poco después de tomar tierra en la región de Saratov, Rusia (fotografía: Energía LTD). Imagen de fondo: espectacular imagen de un amanecer visto desde la órbita terrestre (fotografía: NASA).

la realidad del entorno en el que vivimos.

Yuri Gagarin inició el largo camino de una trepidante aventura que propició que seres humanos caminasen sobre las polvorientas planicies lunares tan solo ocho años después, para más tarde desembocar en una nueva era de colaboración entre potencias otrora enfrentadas, cuyo fruto emblemático ha sido la Estación Espacial Internacional (ISS), buque insignia de la ciencia espacial de vanguardia y símbolo del trabajo en equipo, la cual está contribuyendo a mejorar nuestra calidad de vida y sentar las bases del retorno a la Luna, la exploración tripulada de los asteroides cercanos a la Tierra y el envío de las primeras expediciones humanas a Marte, el planeta rojo. En definitiva, el viaje de Yuri Gagarin abrió las puertas de la aventura más trepidante que haya conocido el ser humano, la cual jamás verá su fin mientras la especie humana exista. ●

Texto, diseño y fotomontajes:

© Oscar Augusto Rodríguez Baquero,
Proyecto Museo Español del Espacio (Proyecto MEE).

Prohibida su reproducción sin autorización escrita.
Más info: <http://www.museoespacial.es>